

Debat final

*James S. Amelang, Bruno Anatra, J. M. Delgado,
R. García Cárcel, B. González Alonso,
Eva Serra, Jaume Torras*

JAUME TORRAS: En primer lloc té la paraula Ricardo García Cárcel.

RICARDO GARCÍA CÁRCEL: Yo tomo la palabra simplemente por el hecho de haber sido sufrido paciente diariamente de todas y cada una de las ponencias que aquí se nos han dado; y no digo paciente en función de la calidad, que, me parece, convendréis conmigo ha sido magnífica, sino que me refiero a las circunstancias ambientales que desde luego no han podido ser más hostiles a lo largo de todos los días.

Bien, mi pretensión o intención es simplemente la de delinear una lista lo más coherente posible de problemas o interrogantes que, a mi juicio, se han suscitado a lo largo de las ponencias de estos días y que de hecho, lo constataréis, no son sino viejos problemas, algunos de ellos ya planteados en la no menos vieja polémica de Dobb-Sweezy y que de hecho se han repetido hasta la saciedad en la infinidad de ponencias, de trabajos, de artículos, que el complejo tema de la transición del feudalismo al capitalismo ha ido suscitando a lo largo de estos últimos quince o veinte años. Así pues, insisto, yo meramente voy a delimitar esquemáticamente lo que a mi juicio podría servir de pauta, de punto de partida de un hipotético debate.

El primer problema es la eterna cuestión de la definición del concepto de feudalismo y capitalismo. Obviamente el problema se centra fundamentalmente en la delimitación conceptual en base a consideraciones ideológicas de tipo marxista o de tipo jurídico, al margen de connotaciones económicas. En concreto, es un tema que a su vez ha derivado en cuestiones semánticas como puedan ser si es válida o no la palabra de régimen feudal en el Antiguo Régimen, en el siglo XVI, XVII y XVIII o por el contrario hay que emplear sinónimos eufemísticos como puedan ser el de régimen señorial. Este podría ser un primer tema, la precisa delimitación conceptual de feudalismo o capitalismo: si nos atenemos a un criterio marxista co-

mo modos de producción, en ambos casos, o por el contrario a un criterio jurídico en la línea del viejo Ganshof, que ha tenido aquí sus representantes bien cualificados a lo largo de estos días.

El segundo gran tema, objeto de debate podría ser el de los caracteres del régimen feudal. En concreto, yo sugeriría el interrogante de la precisión específica de la valoración represiva de este régimen feudal, qué niveles de represión feudal se alcanzaron, el nivel de opresión del campesinado... Este tema, como sabeis, se planteó en los debates en torno a la significación de la revolución francesa, de si la revolución francesa incidió sobre un régimen feudal ya absolutamente residual o, por el contrario fue realmente una revolución antifeudal contra un régimen feudal plenamente vigente. Se trataría en definitiva, insisto, de la precisión específica del nivel de represión de esta renta feudal, del nivel de opresión del campesinado. Naturalmente, la respuesta que aquí los ponentes han dado, ha incidido en lo que yo creo puede ser la única respuesta posible a esta problemática, que es la especificación de diferentes modelos. Es decir, es obvio que no podemos hablar de un modelo español único. Esto, claro, es incuestionable y de hecho, aquí, ha habido buena muestra de ello a través de la exposición muy precisa del modelo catalán a través de las intervenciones de Eva Serra y James Amelang, del modelo valenciano a través de la ponencia de Pedro Ruiz, de las peculiaridades del modelo sardo que nos hizo Bruno Anatra. Pienso yo que esto es, efectivamente, una línea de investigación fundamental a seguir.

El tercer gran conjunto de problemas que se me ocurre sugerir, derivado en buena parte del primero que os he planteado, del concepto de feudalismo y capitalismo, es el problema de la cronología, del proceso de transición del feudalismo al capitalismo. ¿Cuándo podemos dar por comenzado el régimen capitalista? Este tema, evidentemente, parte de que lleguemos a consensuar una definición de lo que realmente fue el capitalismo o el feudalismo. En cualquier caso, nos plantea problemas subsidiarios que de hecho han salido en las ponencias de estos días, como es la problemática de la refeudalización del XVII. ¿Es o no es válido hablar de refeudalización en la España subsiguiente —en la Valencia, más concretamente— subsiguiente a la expulsión de los moriscos? ¿Esa refeudalización la podemos disfrazar eufemísticamente con términos menos comprometidos que el del concepto tan resonante de refeudalización?

El cuarto punto, también un problema eterno en el debate de la transición del feudalismo al capitalismo, es el problema de los factores, de las causas, de los motivos de la desintegración del régimen feudal y de su relevo por el sistema o modo de producción capitalista. Yo tengo la impresión que desde luego, aquí, en estos días, no se ha suscitado o se ha suscitado levemente lo que en definitiva fue el eje básico de la discusión entre Dobb y Sweezy y de las discusiones posteriores, la polémica después del artículo de Brenner, los problemas de rentabilidad o irrentabilidad de la explotación feudal como posible causa de crisis del régimen feudal y, en contraste, pienso que se ha puesto gran interés en los factores superestructurales, sin connotaciones peyorativas para el término. En concreto, se han hecho reiteradas alusiones en las ponencias de Eva Serra, en las ponencias de Pedro Ruiz, de Bernal o en la ponencia primera de José M. Delgado, a la incidencia del aparato estatal. Creo que el gran tema o uno de los grandes temas de esta semana ha sido el análisis de la problemática del Estado Moderno. Así, el punto de partida del libro de Perry Anderson queda muy muy atrás y en cualquier caso, cara a la problemáti-

ca española, evidentemente no es ni mucho menos fiable el resultado al que llega Anderson al respecto. En este tema del Estado han surgido preguntas como la valoración del reformismo borbónico, si podemos o no hablar de modernidad en el régimen borbónico, el presunto mito del progreso de los Borbones frente a los Austrias, como derivación del centralismo monárquico. José M. Delgado arremetió el otro día contra la creencia, muy asumida, de la supuesta modernidad de ese reformismo borbónico. Ese podría ser un tema también de análisis. El papel de los ilustrados y su incidencia, la importancia a la que se refería Bernal, de la hacienda pública como factor importante en este contexto y el protagonismo de la Iglesia dentro del medio.

En definitiva, como veis no he hecho más que plantearos unos interrogantes que no pretenden ser más que un listado de problemas, de punto de partida a seguir. Hasta aquí, mi función de mero notario o escribano registrador de lo que ha sido, a mi juicio, la sucesión de ponencias a lo largo de esta semana.

JAUME TORRAS: Bé, moltes gràcies per aquest plantejament general de qüestions. Potser abans de passar a un debat més obert i amb ramificacions més complexes, el que fóra convenient seria que els ponents que avui són presents aquí reprenguessin el clau en allò que creuen que ha estat més substancial de la seva aportació aquí, i potser sobre aquest plantejament general que Ricardo García Cárcel ens acaba de fer. De manera que aniré cedint la paraula successivament als companys de la taula, perquè en el marc d'aquest esquema que Ricardo García Cárcel acaba de formular o suscitar aquí, o en allò que creuen que és més peculiar de la seva aportació, tornin a destacar i provoquin en aquest sentit preguntes i intervencions. Potser que l'Eva Serra i el Bruno Anatra els quals discutien, podrien insistir en allò que creguin convenient.

BRUNO ANATRA: Bueno, yo, más que esclarecer problemas, quería exponer al menos uno que, me parece, en el caso sardo tiene un papel muy importante.

El cambio en la isla del régimen jurídico afecta en el mismo momento al régimen señorial y a la comunidad rural. El hecho fundamental es que el acabar con el régimen señorial significa al mismo tiempo acabar con el sistema de la comunidad rural. ¿Por qué esto? Porque hay una integración muy estricta entre el régimen señorial y la estructuración de la comunidad rural. Se puede decir que la comunidad rural es un producto del régimen señorial porque las relaciones que los señores establecen con el territorio no son relaciones con los campesinos cada uno para sí. El payés para sí mismo no existe, no tiene una existencia jurídica, lo que tiene una personalidad jurídica para el señor es la comunidad rural. El carácter, el nivel, la forma de la renta señorial se pacta con la comunidad rural y no con los payeses. Esta comunidad rural está implicada en el ejercicio de la justicia, hay una forma muy clara de esta implicación colectiva de la comunidad rural en el ejercicio de la justicia; ésto es lo que allí se llama la "encarga". Es decir, que cuando no se puede determinar quién es el culpable de un delito es la comunidad en su totalidad la que para el señor es la culpable y tiene que pagar el derecho jurisdiccional correspondiente a este delito.

Bueno, ligado a ésto surge el hecho de que el régimen señorial es la forma de negación del particularismo anacrónico, de las comunidades en el territorio. Cuando a fines del XVIII y la primera mitad del XIX el Estado empieza a tomar en su

mano la jurisdicción, a acercarse al campo, a articular su estructuración institucional del centro a la periferia, absorbiendo la jurisdicción señorial; al mismo tiempo que se desarrolla este fenómeno, se desarrolla también el fenómeno de la desaparición de la comunidad rural. Y al final, cuando se acaba con el régimen señorial, se produce al mismo tiempo el problema de la privatización de las tierras. Es otra forma de relacionarse el Estado con el territorio; ahora, las relaciones institucionales jurídicas y económicas son con los propietarios, con los particulares, mientras que antes estas relaciones eran con entidades colectivas, con corporaciones rurales. Cambia la estructura del Estado, cambia la forma de acercamiento del Estado en dirección a la periferia rural, cambia toda esta conformación, cambia también toda una estructura mental porque la comunidad rural no es sólo una cultura, es un modo de relacionarse la comunidad rural con sí misma y con el exterior, con los otros, con los poderes y con las otras comunidades. Todo esto desaparece de una manera más o menos traumática, hay traumas, hay resistencias a este proceso que empieza muy lentamente en la primera mitad del siglo XIX, se desarrolla muy pronto; hay traumas pero al final se consigue. Y se consigue un cambio que es un cambio radical, que es un cambio político, que es un cambio institucional, que es un cambio en las estructuras económicas, de relaciones económicas, es un cambio de mentalidad. ¿Este problema se plantea del mismo modo en el campo español?, ¿hay un proceso parecido a éste?

EVA SERRA: L'altre dia semblava que s'havia de ressaltar la necessitat d'estudiar les institucions polítiques però no desvinculades de totes les transformacions socials i econòmiques que hi ha a la Catalunya de l'Antic Règim, especialment al segle XVI i XVII. Evidentment partint d'una consideració general, molt possiblement s'arriba al segle XVI amb una debilitat estructural del sistema feudal català, ara bé, ens convindria afirmar al mateix temps que això no vol dir la desaparició d'aquest sistema feudal català, ni de bon tros. Per això s'hauria d'intentar veure tres aspectes i situar-los cronològicament: el grau de reacció feudal o de refeudalització; al costat i paral·lelament el nivell de l'erosió de les estructures feudals simultàniament, i la formació també simultàniament de la diferenciació social pagesa amb formes de desintegració d'aquesta vida comuna. Possiblement a Catalunya en el segle XVI i XVII podem trobar convivint formes jurídiques individuals amb formes jurídiques col·lectives. Per exemple hi ha formes de pleitejar, amb les baronies col·lectives; i hi ha també formes d'endeutar-se col·lectives (el censal d'una universitat que després suposa obligar-se en un vintè, un trentè, el que sigui). Per altra banda, caldria analitzar aquest grau de diferenciació social pagesa, fins a quin punt ens trobem amb una feudalització de la ciutat o al contrari, una urbanització de la noblesa. Tot això i sobretot situar-ho en els anys anteriors a la segona guerra dels segadors 1620-1640.

Seria també interessant veure fins a quin punt la guerra aguditzaria o fins i tot distorsionaria fenòmens —que això també s'hauria d'analitzar— com per exemple, la pressió fiscal. ¿Quin paper distorsionador té de multiplicar l'endeutament, fins i tot l'endeutament col·lectiu? Aleshores vull dir que totes les institucions polítiques del XVI-XVII, tant les municipals com la Generalitat o la Diputació del General, com les Corts en la mesura que poden actuar, com la Reial Audiència per exemple, valdria la pena estudiar-les no com una referència merament estamental sinó com un marc polític o també si són reflex de lluites socials; és a dir, si real-

ment pensem que en aquestes societats s'estan produint fenòmens d'erosió, al costat de possibles fenòmens de reacció, analitzant la vida interna d'aquestes institucions, molt en funció que no poden ésser considerades com un simple reducte estamental, sinó com un lloc on també es desenvolupa una lluita social.

Aleshores a partir d'aquí, veure fins a quin punt existiria una lluita entre cavallers, és a dir, noblesa i estat i estament i magistratura. És a dir, d'alguna manera veure fins a quin punt arriba aquest desplaçament dels cavallers per la magistratura. Caldria veure, doncs, realment si el que es liquida a començament del XVIII són les institucions caduques o les institucions susceptibles de representar noves formes socials, nous grups socials o grups socials de nou símbol i veure d'alguna manera fins a quin punt queden neutralitzats pel triomf de l'aparell absolutista. Només serien aquestes reflexions.

JAMES AMELANG: Confieso que una de las cosas que me ha sorprendido estos días y siguiendo ya unas cosas que ha dicho Eva Serra en este debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, es que hemos hablado muy poco del famoso debate sobre la transición. Es decir, ninguno de nosotros hemos hablado realmente o sistemáticamente de Dobb, Sweezy, Hobsbawm o Brenner. Y pensando un poquito sobre, no tanto el contenido, sino el contexto de este debate original, que realmente es lo que nos ha prestado no sólo el título sino también toda una serie de reflexiones para el coloquio que hemos tenido esta semana, ello nos conduce, a la idea de que el viejo debate se inserta en lo que era la tradición marxista británica de la postguerra, una cosa bastante rara cuando lo piensas; una tradición con unos conocimientos humanísticos profundísimos, una extraña mezcla a veces de rudeza y sutileza en su análisis y sobre todo una tradición que se prestaba siempre dentro de un contexto de aislamiento político muy fuerte a una autocrítica que iba más allá de cómo algunos estaban empleando la frase en aquella época.

Y pensando en lo que ha sido la aportación y las consecuencias de este debate, creo que en cierto modo se puede decir que lo que ha sido la problemática central, o mejor, el problema insuperable de este debate y de esta tradición, ha sido el problema mencionado ahora por Eva Serra y por Ricardo García Cárcel de la relación entre la base entendida normalmente como socio-económica, por decirlo de alguna manera y la superestructura de las instituciones políticas, de las ideologías y de la experiencia cultural. Y creo que en cierto modo también, nosotros nos tropezamos, no solo en el debate de estos días, sino en nuestra praxis de trabajo de cada día, también con esta misma problemática, que es esta relación tan importante para entender la realidad histórica de la Edad Moderna.

Bien, habiendo dicho esto y pasando a considerar cuál es el estado de la historiografía, creo que los que trabajamos en el campo de la historia moderna ahora, en vez de intentar ahogarnos en un mar de tópicos e intentar hacer un concurso entre cuál es el agujero más grande dentro de este campo, porque realmente nuestros conocimientos son muy escasos, pienso que nos encontramos con una situación muy alentadora. Y en cuanto a las pocas sugerencias que han surgido de las reflexiones de estos días, yo sólo quisiera subrayar dos:

a) La primera es la de poner el acento en favor de la historia urbana y concretamente en la historia urbana económica. Si hay realmente hoy un agujero muy grande en nuestros conocimientos de esta época, creo que es el hecho urbano. Pero no es ninguna casualidad porque lo mismo se produjo en el primer debate. Creo

que habría muchos más enfoques sobre los aspectos rurales de la sociedad y la economía moderna por razones que se entienden perfectamente: por mayor peso de esos sectores dentro de la economía de la edad moderna y en cierta manera la misma cosa se ha planteado aquí. Pero si miramos por ejemplo la trayectoria de una de las personas que más contribuyó a este debate, R. Hilton, un historiador que se ha destacado en los estudios de la sociedad campesina en muchos contextos, pero sobre todo en la Edad Media de Inglaterra y mirando su último trabajo en la revista *Past and Present*, vemos como hace un estudio sobre el papel económico de las ciudades y de los pueblos en la sociedad inglesa de la Edad Media. Es decir, en cierto modo ya ha cerrado todo un círculo partiendo del campo, estudiando el campo durante tantos años, para al final intentar estudiar y entender este campo a través de la ciudad. Y creo que a nosotros nos toca hacer lo mismo aquí.

b) La última cosa que diría en plan de sugerencia o autocritica es la necesidad de atenernos todos a una historia comparativa. A través de los estudios, las lecturas de problemas de gran envergadura sobre la transición no sólo en España sino en otros países. Sólo a través de estas lecturas podremos entender lo que es realmente lo más característico, lo más particular, sobre todo lo más importante de la experiencia histórica tanto de Cataluña como de Castilla y de Valencia. Esto requiere un trabajo previo, a veces bastante duro, se trata de pasar la flor de la juventud en los archivos; pero creo que fundamentalmente sin este tipo de preparación no vamos a llegar muy lejos y sobre todo no vamos a plantear problemas de mucho interés.

BENJAMÍN GONZALEZ ALONSO: Bien amigos, llegados a este punto, el dilema difícil de resolver que a mí se me plantea es el de ofrecer mi modesta respuesta a este espléndido elenco inicial de cuestiones que nos planteó el profesor Ricardo García Cárcel o bien el de, por el contrario, ceñirme a aquellos puntos que ajustándose al contenido de mi propia intervención pudiera yo considerar que eran susceptibles de mayores matizaciones o de ser complementados o sintetizados según los casos en uno o en otro sentido. Como es un dilema insoluble no voy a pretender solucionarlo sino que voy a hacer algo que recoge, en parte, cualquiera de estas dos posibles intervenciones intentando unirlos. Y en este sentido me parece que aquí se imponen dos observaciones preliminares muy generales que a mí me complace enormemente formular, antes de pasar ya a lo que pudiera ser el contenido de mis propias apreciaciones sobre los aspectos políticos o institucionales de la transición del feudalismo al capitalismo. De esas dos primeras observaciones preliminares, como digo, creo que en conjunto, una de las conclusiones que válidamente se pueden extraer de este ciclo es el de lo que pudiéramos llamar la revalorización de los aspectos jurídicos, políticos, institucionales. Yo creo que cualquier persona con un mínimo de memoria y con el suficiente soporte de edad, con la suficiente biografía como para estar en condiciones de recordar lo que fue en los años 60 los primeros atisbos de la polémica de la transición del feudalismo al capitalismo, cualquier persona que por biografía, repito, reúna estas condiciones, recordará que en aquel momento el tema del feudalismo, del capitalismo y de la transición del uno al otro se planteó y se desarrolló en un contexto historiográfico en el que era evidente el imperialismo de la historia económica. Son los años en los que cualquier tipo de historiografía que no sea el modelo de la historia o de las varias historias económicas posible estaba abocado al descrédito o por lo menos al

desprecio y en que todos los fenómenos históricos se pasaban por el tamiz y se veían a través de la historia económica. Y ¿qué ha ocurrido? Ha ocurrido que cuando al cabo de aproximadamente 20 años o 25 años se vuelve a reflexionar sobre estos mismos problemas, lo que encontramos es, creo yo, un enfoque que no sé si es mejor o peor pero que por lo menos es más modesto y más prudente en el sentido de que ya nadie se considera en absoluta posesión de la verdad y de que todos de alguna manera sabemos que podemos, en el mejor de los casos, aportar nuestro grano de arena a la solución, al planteamiento de la gran cuestión de la transición, pero que ni el historiador de la economía por sí solo, ni el historiador especialista en historia social, ni el historiador jurista, por sí solos pueden aportar la clave definitiva. Es decir, que se trata de una cuestión, de un problema poliédrico que es susceptible de ser contemplado desde distintos puntos de vista y que ninguno de estos puntos de vista es el único determinante y que ninguno de estos puntos de vista posee la clave de la totalidad. Esta es la primera observación que creo es interesante hacer.

La segunda es obvia, es un corolario de la anterior y es la necesidad de la consideración interdisciplinaria de los grandes problemas y de los grandes fenómenos históricos. Consideración interdisciplinaria que ahora pues puede parecer algo obvia, algo sobre cuya evidencia no es necesario insistir pero que todavía no hace muchos años, todavía hace relativamente poco tiempo, se consideraba algo así como una utopía, como una desiderata imposible, etc... Y bien, sobre este telón de fondo, a partir de esta declaración de principios por mi parte, o al menos yo así la entiendo de modestia, de entendimiento de que nadie está en condiciones de resolver por sí solo el problema, ni este ni ningún otro en su totalidad. ¿Qué es lo que atrona ya desde un plano más estricto de la historia jurídico-institucional? y ¿qué es lo que entiendo yo que son las lagunas de nuestros conocimientos? y ¿en qué pienso yo que podría consistir una aportación considerable al esclarecimiento del problema de la transición de lo que aquí se ha llamado del feudalismo al capitalismo? Procurando resumir al máximo yo creo que son tres las grandes cuestiones sobre cuya solución los historiadores del derecho en general tenemos acaso una responsabilidad mayor que especialistas de otros ámbitos historiográficos.

De una parte me parece que seguimos conociendo escasamente el proceso de recepción de las ideas liberales, proceso de recepción de las ideas liberales que, no lo olvidemos, lleva aparejado simultáneamente el proceso de descomposición de la ideología que había sustentado hasta entonces el absolutismo. No olvido la existencia de algunas publicaciones entre ellas, acaso la más significativa y la que más está en la memoria de todos, el ya antiguo libro de Antonio Elorza, pero me parece que en cualquier caso quedan cosas y cosas importantes por estudiar y por descubrir para poder explicarnos y comprender mejor el porqué de esta fulgurante, rapidísima aparición, dentro de un entramado muy coherente y muy avanzado de nuestro protoliberalismo. Esta sería una cuestión.

La segunda cuestión, a mi modo de ver la más sugestiva de todas o al menos la que personalmente a mí más me atrae es la siguiente: Se suele hablar, se sigue hablando de ese juego pendular en la historia de nuestro primer tercio del siglo XIX, una interpretación pendular que hace poco ha sido instrumentalizada incluso políticamente en un sentido muy determinado que ninguno ignoramos. Primero se implanta un régimen liberal en Cádiz, después vuelve Fernando VII y se retorna al

absolutismo, después viene el trienio, después la década ominosa, después... es decir, es una especie de balanceo. Y se propende a pensar sin excesivas reflexiones que se trata algo así como de dos mundos opuestos, como de dos mundos irreconciliables; un mundo de luces y un mundo de sombras en blanco y negro entre los cuales no existe ninguna conexión salvo la del pronunciamiento o del golpe de estado correspondiente. Permítanme que yo dude de la verosimilitud de esta visión de las cosas. Yo creo que aunque nominalmente, de eso no cabe ninguna duda, Fernando VII restaure el absolutismo y aunque los gobernantes de aquel momento estén interesados —incluso concedo interesados— en que la dinámica política de la época se ajuste con el máximo de pureza posible a los cánones del absolutismo; yo estoy convencido —es una hipótesis que requiere naturalmente verificación— de que en estos períodos esta alternancia da lugar a una serie de transformaciones silenciosas, de transformaciones ocultas, de transformaciones hasta ahora desconocidas dentro del régimen absolutista de modo que el antes de 1808 realmente, no vuelve a reestablecerse con toda su pureza ya nunca, ni siquiera en los momentos de mayor dureza represiva de restauración del absolutismo por parte de Fernando VII. Nos quedan ahí pues por conocer una serie de puentes, una serie de silenciosas transformaciones institucionales que en algún momento habrá que acometer y habrá que analizar con toda la atención necesaria.

Y algo semejante pero en sentido contrario creo que se podría añadir, y esta sería una tercera consideración, a propósito de lo que acontece con posterioridad a la muerte de Fernando VII cuando ya sí, en esta década de los treinta, parece que la implantación del liberalismo es inevitable y es verdaderamente imparabile. Entonces la cuestión se plantea en términos inversos, entonces ya sí, nominalmente se ha implantado un régimen liberal, parece que entonces es cuando la transición llega a su fin y cuando desemboca en el establecimiento de un nuevo modelo de Estado, de una sociedad, de algo que desde todos los puntos de vista permite la calificación de liberal, de constitucional. Pero cuidado, cuidado porque mucho más difícil que alterar la estructura del Estado a golpe de leyes, mucho más difícil y mucho más lento que esto, es alterar toda una serie de ámbitos de gobierno, de técnicas administrativas, de técnicas jurídicas, y de ahí el panorama que se nos abre es el de prolongar el planteamiento del problema y el de tratar de averiguar cuál fue el alcance de las supervivencias y de los residuos del absolutismo después de haber sido teórica y nominalmente implantado ya un régimen liberal. Porque repito, la sociedad tiene un flujo mucho más lento, las mentalidades, las técnicas, los modos de gobierno, que los postulados estrictamente legales. Les pondré a ustedes un ejemplo en el que yo he pensado muchas veces, que probablemente es un ejemplo desafortunado pero que la verdad, hasta ahora yo no he encontrado nadie que me convenza del todo de que es desafortunado. Piensen ustedes por un momento en la España de la Restauración y deténganse en aquel capítulo importante de la España de la Restauración, desde Costa en adelante, es decir, el capítulo de la oligarquía y del caciquismo. Pero bueno, en último término, ¿qué es el caciquismo?, ¿no es el caciquismo la supervivencia de los hábitos, de las actitudes, de las relaciones señoriales después de la abolición formal del régimen señorial? ¿Acaso es que sería concebible el caciquismo sin una supervivencia en el mundo de las relaciones sociales, en el campo de las mentalidades, de todo aquel mundo señorial, de todo aquel entramado señorial que formalmente se ha derogado por el decreto

de 5 de agosto de 1811? En fin, creo que es pura y simplemente un ejemplo, pero no el único, creo que en este orden de cosas es mucho lo que se puede avanzar y mucho lo que nos resta por saber. Pero, ¿cómo enterarnos de ello?, ¿cómo averiguarlo? Pues, naturalmente a través del esfuerzo combinado de numerosos especialistas procedentes de diversos campos. Pero, permítanme que yo ahora les advierta que a mi juicio, sin cuestionar ni siquiera mínimamente la importancia de las investigaciones económicas, la importancia de las investigaciones que se puedan llevar a cabo en otros campos; de lo que sí estoy persuadido es de que nunca se llegará a comprender cabalmente estas y otras cuestiones sin tener en consideración, sin tomar en consideración los fenómenos jurídicos y los fenómenos institucionales. También el derecho puede explicar y puede permitirnos y ayudarnos a comprender muchas cosas a base de y sobre la condición de que no mantengamos una visión excesivamente rígida, formalista y alicorta del mundo jurídico. Yo creo que no basta con estudiar los textos constitucionales, ni siquiera las leyes ordinarias, yo creo que para llegar a conocer profundamente las etapas finales y definitivas de esta transición, lo que hay que hacer entre otras cosas es coger en las manos los centenares de tomos de la colección legislativa y que en muchas ocasiones para la solución de muchos problemas con lo que hay que enfrentarse no son con los grandes postulados constitucionales, sino con el texto de estas modernas circulares, órdenes, decretos y que ahí es donde está realmente la verdad de muchas cosas y que es en este campo, en el campo de la práctica gubernativa, de la praxis, de la técnica de gobierno cotidiana donde llegamos a ver claro en todo este mundo riquísimo y fascinante de problemas a propósito del cual y acerca del cual afortunadamente todavía no lo sabemos todo.

JOSEP M. DELGADO: Seré més breu que els altres membres d'aquesta taula entre altres coses perquè sempre al darrer és a qui li toca ser més breu i perquè centraré la meua intervenció en el darrer dels punts que ha tocat Ricardo García Cárceles; el punt del reformisme il·lustrat. Sofa aquesta perspectiva de si es pot parlar de reformisme il·lustrat com a reforma, és a dir, com inici d'un pas cap a un nou sistema dins el vell, com un procés de modernització o bé si es pot parlar de reformisme il·lustrat com un sistema que allò que està cercant és mantenir unes determinades característiques lligades a una determinada classe social o a unes determinades classes socials. Puc dir que l'aspecte extern, l'aspecte fins i tot jurídic i institucional que té la monarquia borbònica aparentment pot portar a engany. Se'ns presenta a partir de començament del segle XVIII un nou estat, una nova monarquia centralitzada que aporta un seguit de caràcters nous, per exemple un nou llenguatge polític que és conegut amb el nom de despotisme il·lustrat i amb una regla d'or: "*Tot pel poble però sense el poble*"; és a dir, que malgrat que es manté el principi de no participació, en canvi, les decisions van en última instància a beneficiar els subdits, els administrats. Al costat d'això ens trobem en el XVIII amb tot un seguit de nous sistemes de preses de decisions polítiques. Què vol dir això? Vol dir senzillament que una de les característiques tradicions de l'administració durant els segles passats, es va superant; per exemple el famós problema de la polisinodia en el qual, doncs, els organismes de l'administració estan compostos fonamentalment pel rei, a vegades pel que és el "*valido*" (una persona que té una forta influència sobre el rei) i tot un seguit de consells que tenen una funció merament

consultiva. Al llarg del segle XVIII aquesta tendència sembla que es va trencant, es van reduint els consells, però sobretot apareixen organismes que prenen decisions. Aquesta tendència, primer podríem observar-la amb la figura del mateix secretari d'Estat i en els ministres; però sobretot en el regnat de Carles III, amb l'aparició de la Junta d'Estat. Aquest és un factor fonamental, un argument que és molt utilitzable per part dels que parlen de la modernització de l'Estat borbònic, en tant que la Junta d'Estat diguem-ne pren decisions i a més a més aquestes són ja d'una forma refrendades pel rei. El rei no introdueix gairebé mai modificacions a aquestes decisions preses. Sobre la lluita d'Estat hi ha treballs realment bons, com és el de Escudero. Escudero treballa sobre les actes de Junta d'Estat, però a part hi ha una altra documentació sobre la Junta d'Estat; per exemple els esborranys de les decisions de la Junta on es veu realment aquesta discussió, aquesta elaboració prèvia de les decisions que es prenen i que tot seguit seran refrendades pel rei. La diferència entre el resultat d'una Junta d'Estat i la Reial ordre, el reial segell que es promulgava, és el preàmbul on el rei manifesta la seva intenció de fomentar aquests principis del despotisme il·lustrat. Tota la resta és el resultat sortit ja dins d'aquestes Juntes, un resultat que obeeix no a funcions tan filantròpiques sinó a unes funcions de les necessitats reals de l'Estat, de la raó de l'Estat. També i en aquest mateix sentit es parla d'una política econòmica preocupada per millorar el nivell de renda dels súbdits, política econòmica que com veïem l'altre dia tenia una vessant ben típica d'intervenció per la via de la fiscalitat, d'una fiscalitat que permet doncs captar recursos d'un sector de la vida econòmica per invertir-los en aquells sectors que l'estat considera convenient. En el cas del reformisme borbònic l'altre dia vàrem veure com era fonamental l'exèrcit i la marina. Però, el que cal fer realment és investigar o aprofundir en quina utilització es fa d'aquests instruments aparentment moderns. En aquest sentit jo destacava la data de 1789 on es veu realment el sentit que té la utilització d'aquests instruments. Es veu clarament que en el moment que la utilització d'aquests instruments topa amb la possibilitat d'entrar en contribució amb els privilegis de les classes dominants, la utilització d'aquests instruments és encara molt més conscient i va clarament dirigida a defensar uns interessos. El professor Bernal va insistir bastant en aquests aspectes amb el paper de la pràctica il·lustrada com una política defensora dels interessos de classe tant a favor de l'església com a favor de la noblesa, les classes privilegiades. Tots aquests intents de reforma al llarg del XVIII que intenten modificar aquests principis seran realment avortats.

En aquest sentit, doncs, es pot plantejar una altra pregunta que també ens feia Ricardo García Cárcel que és la pregunta de si la desintegració del sistema feudal cal atribuir-la a factors endògens o a factors exògens. Partint de la base que a nivell institucional l'Estat es resisteix a qualsevol tipus de modificació i que l'únic que està intentant fer és mantenir unes relacions de classe determinades, cal dir que, així doncs en bona part, la ruptura del vell ordre vindrà determinada per factors exògens. En aquest sentit en el cas espanyol, el mateix Josep Fontana ha insistit molt en el paper que la crisi de l'Antic Règim tindrà el problema americà i el problema de la pèrdua de les colònies. Problema que significa, doncs, el trencament d'aquella solució apuntada a mitjans del segle XVIII pels reformadors il·lustrats, en el sentit que el problema d'augment de la despesa pública es podia solu-

cionar solament augmentant la pressió fiscal sobre les colònies. Quan aquestes colònies desapareixen, evidentment cal cercar solucions noves que són les que realment topen amb les contradiccions de classe i són solucions que un Estat Absolut no pot prendre.

Finalment, la darrera qüestió que és la qüestió del paper dels il·lustrats en tot aquest procés. Bé, en aquest sentit cal dir que hi ha il·lustrats i il·lustrats. No podem ficar dins un mateix calaix de sastre tots els escriptors de tema polític i social del XVIII, i amb això només citaré un exemple. És a dir, comparar una figura com Campomanes, la figura de la Il·lustració oficial que defensa i propugna les tesis del govern, per dir-ho d'alguna forma i altres personatges, com poden ser el mateix Jovellanos, empresonat com tots sabem per les seves idees o personatges més poc coneguts i possiblement poc coneguts perquè les seves posicions contrastaven bastant amb aquestes opinions de la Il·lustració oficial; m'estic referint per exemple a Francesc Vidal i Cabacés que el 1781, és a dir pocs anys després que Campomanes escrivís el seu "*Discurso sobre el fomento de la industria popular*", escriu un llibre sobre el model industrial i el model de creixement econòmic a seguir en el cas espanyol. El 1781 en Vidal i Cabacés ens parla que el model a seguir és el model anglès, no utilitza el terme de model de revolució industrial anglesa perquè evidentment aquest era un terme no utilitzat sinó que és un terme anacrònic, però sí que ens dóna un seguit d'elements que estan caracteritzant en aquest moment el que és el creixement econòmic anglès, posant èmfasi en la tecnologia, en el maniquisme, prima el sector del cotó respecte als sectors industrials de la llana o del lli que són els que està primant el model del reformisme diguem-ne il·lustrat oficial, el creixement urbà sobre el creixement rural i arriba a dir frases que pel 1781 són frases importants i interessants de recordar com és el que "*la màquina de vapor és un dels parts més felïços de la humanitat*". Això ho diu quan en Vidal i Cabacés descobreix el descobriment de les màquines de doble efecte de J. Watt, que seran realment les que tindran un seguit d'aplicacions industrials més gran.

JAUME TORRAS: És forta la temptació de fer cas a allò que ha dit Delgado en el sentit que la seva intervenció era la darrera, però de tota manera el fet d'estar aquí a la taula, havent-hi hagut prèviament intervencions tan suggerents acabant per la seva i començant per la de Ricardo García Cárcel, m'obliga una mica a dir alguna cosa. M'hi sento moralment obligat però prometo fer-ho amb brevetat perquè, a més, la meua exterioritat en aquest curs forçada, ho he de dir, la impossibilitat d'assistir-hi i el fet de trobar-me bastant fora de tot el que aquí s'ha discutit, em fa incórrer en un risc gran també de no centrar-me en el que realment ha centrat el curs. M'he de guiar únicament pel que aquí s'ha dit i són tantes les coses de què m'acabo d'assabentar ara que m'agradaria citar-ne algunes.

La primera, aquesta sorpresa que Amelang ha manifestat pel poc que de fet s'ha parlat del debat sobre la transició del feudalisme al capitalisme.

Jo tinc alguna idea sobre els avatars d'aquest debat i sobre per què se'n parla tan poc ara, fins i tot, em va sorprendre molt que hi hagués una iniciativa d'organitzar un curs entorn d'això. De fet, el problema historiogràfic en el cas de la transició del feudalisme al capitalisme és un cas molt especial.

De debats historiogràfics n'hi ha almenys de dos tipus: Uns imposats als investigadors segons el camp en el qual treballen. El material els planteja qüestions que han de resoldre. Els materials d'arxiu o documentals cal interpretar-los posant èm-

fasi en allò que Le Roi ha dit "*la configuració microbiana del món*" o posant èmfasi en un esquema malthusià de dialèctica entre homes i recursos, però que és un problema que cap historiador no pot defugir.

El problema de la transició del feudalisme al capitalisme és de tota una altra mena, no es planteja directament en els materials. És un problema de professió. Es tracta d'explicar el traspàs entre dues coses que són estructures, dues construccions mentals que els historiadors han fet i sobre les quals hi ha certa ambigüitat.

La historiografia marxista que és la que pròpiament s'ha plantejat aquest problema perquè és la que més ha treballat amb aquestes dues estructures mentals, el feudalisme i el capitalisme, és també la que ha donat més importància al trànsit des d'una forma d'organitzar la societat i la subsistència a una altra.

El que passa és que aquest tipus de problemes que no vénen imposats a l'historiador des dels materials, és a dir, des de fora, sinó que se'ls plantegen els objectes mentals construïts per ells mateixos estan més subjectes a les pressions externes. (Als canvis de sol·licitacions que la societat, que la política, en definitiva, imposa a la professió.)

En aquest sentit, el tema de la transició nasqué als anys 40 quan el tema de la revolució era un tema viu que es plantejava. No era d'estranyar, tampoc, que resuscités amb vigor als anys 60, i, sobretot, en països com el nostre —aquí es va editar el material de *Ciencia Nueva* als anys 60.

En el moment en què es planteja el tema de la revolució, doncs, del trànsit d'una societat a una altra, aquest tipus de problemes historiogràfics que no vénen directament imposats per l'evidència sinó que són més propis de la professió reflecteixen millor la relació dels professionals amb el món i amb la lluita i les divisions que es produeixen prenen força i ocupen el prosceni d'alguna forma.

Això també explica la relativa falta d'atenció del debat tal com es plantejava, crec que es tendeix a diluir el debat sobre les característiques fonamentals d'aquests segles moderns i de la modernitat com aquí ja s'ha plantejat. Això també és indicatiu del context en el qual es mouen els historiadors, però aquesta prominència o no historiogràfica del tema del debat no és l'únic aspecte que ve determinat per condicions externes a la professió. Aquestes influències externes condicionen fins i tot la manera de pensar aquest problema i, per extensió, altres qüestions que s'investiguen.

Aquest caràcter extern o intern dels factors que condueixen a la immersió del feudalisme i a l'emergència del capitalisme està determinat pels problemes que es plantejaven en el rebrot immens que va tenir a finals dels 60 i als anys 70. Aquest debat des de la reaparició en forma de volum que consolidava les aportacions inicials de Dob, Sweezy... etc., fins al gran esclat de Wallerstein i Brenner ha estat molt condicionat per una escisió molt gran en el marxisme dels anys 60-70, sobre quines eren les possibilitats de la revolució i quines eren les seves vies de transformació: Si se situava fora del món desenvolupat plenament capitalista el motor del canvi i si aquest venia exògenament imposat o bé al contrari, segons Brenner, el canvi havia de ser totalment endogen.

Des del meu punt de vista quedaven molt lligades les posicions entorn de Dobb i Sweezy i les posteriors de Wallerstein i Brenner. Jo crec que anaven estretament lligades a posicions polítiques, no vull dir de militància necessàriament, però sí d'interpretació del món present. Els qui creien que una vaga a Pittsburgh era

un esdeveniment molt important per al capitalisme, més que 50 aixecaments pagesos a l'Índia, ja que entenen aquest debat d'una determinada manera, s'alineaven a una determinada interpretació i a la inversa.

Aquest caràcter fortament condicionat pels debats del dia crec que ha determinat també bastant els termes en què es planteja el debat i fins i tot crec que l'ha conduït a algunes de les errades més grans que la historiografia ha fet en això.

Ha tendit a fer pensar la transició del feudalisme al capitalisme molt per analogia al com hom imagina que ha d'ésser la transició del capitalisme a una altra cosa que ningú no sap ben bé el que pot ser.

S'han fet transposicions bastant barroeres. Jo crec que tot l'entrellat i l'enorme debat sobre la crisi del s. XVII és un debat condicionat i inicialment suscitat per historiadors marxistes, encara que la base subjectiva sobre la qual es fonamentava li ha donat posteriorment altres dimensions, era un tipus de debat lligat a interpretacions de com havia de tenir lloc la transició del capitalisme al socialisme.

Però aquesta qüestió la volia destacar perquè lliga amb algunes de les coses que aquí s'han dit. S'ha tendit a estudiar el món feudal i senyorial i la seva transició al capitalisme per part dels historiadors marxistes i, en general, dels qui posen èmfasi en la lluita de classes, lluita entesa no d'una forma militar sinó amb una gran complexitat, que aquesta mateixa lluita de classes és el motor de la transició, on cal buscar la raó del canvi de les modificacions en el feudalisme i on cal buscar la raó de la cronologia i de les modalitats d'aquest canvi, i això han tendit a pensar-ho per analogia amb el capitalisme —hi ha hagut una infiltració d'idees, uns antagonismes clars han sorgit en el capitalisme d'on se suposa que el motor del canvi i de transformació és l'enfrontament entre les dues classes socials que el defineixen, burgesos i proletaris— el paral·lel és buscar en el feudalisme l'enfrontament entre senyors i vassalls i això ha fet oblidar alguns aspectes i particularitats del canvi.

Així, doncs, s'han fet uns paral·lelismes indeguts entre revolució burgesa, aquesta revolució que se suposa que és el moment culminant de la transició pensant-la en termes d'aquesta altra revolució en què es pensa que es pot acabar el capitalisme. Això és profundament equivocat perquè hi ha una peculiaritat que s'ha d'entendre en tot aquest procés, com també han destacat Bruno Anatra i Eva Serra.

En aquest sentit vull destacar que la destrucció jurídica del règim senyorial va paral·lela a la comunitat pagesa, jo crec que, en general, es dona aquí en termes molt diferents però reveladors. La revolució no la fan només el grup dels explotats en el feudalisme, sinó que és un sector dels explotadors també, i, per tant, intentar entendre tota la dinàmica del mode de producció feudal i, per tant, la dinàmica de la transició en termes de lluita exclusivament entre senyors i vassalls és equivocat. No és que no calgui entendre-la, és la referència entorn la qual cal establir periodificacions, crec jo, de la història feudal europea (les relacions entre senyors i vassalls), però no s'exhaureix en ella, ni tan sols no expliquen decisivament el canvi, aquí és on caldrà situar el paper d'aquestes instàncies que no són directament ni la classe feudal com a tal ni la comunitat pagesa o diferenciar els mitjans d'organització dels oprimits de l'Antic Règim dels que eren absolutament explotats.

El paper de les institucions, de l'Estat, ens ha d'ajudar a entendre molt, però sobretot això també, una cosa que no faig més que repetir i que ja ha indicat abans

Amelang, la importància estadísticament no molt gran però sí estratègicament considerable que té l'economia urbana.

De les incorporacions successives al debat sobre la transició, les més significatives en els anys posteriors han anat en la línia d'incorporar-hi assaigs molt bons sobre el paper de les ciutats i de l'economia urbana com el de Merrington i altres que hi ha hagut. I aportacions que han enriquit substancialment el plantejament de la transició o el plantejament de les economies feudals, o bé, finalment, sobre la gestació d'una altra manera d'organitzar la producció però també les relacions entre els homes, aportacions com, a tall d'exemple la de Hans Medick, en el volum de Samuel que ara s'ha traduït al castellà on s'intenta incorporar el que ha estat el tema que l'ha preocupat, les indústries rurals, en aquest esquema de la transició.

Tot plegat lliga en donar a aquest sector, que no és exactament l'economia agrària tradicional, les detracions feudals sobre la producció pagesa, aquest sector que és potser, mesurat estadísticament i quantitativa, marginal, però estratègicament decisiu perquè és d'aquest replegament de l'economia feudal que no és estrictament el món rural, d'on sortirà aquest grup d'explotadors que no eren però la classe dominant políticament i que capgiraran de maneres molt diferents i amb ritmes molt distints el vell ordre.

BENJAMÍN GONZÁLEZ ALONSO: Asumiendo el papel de provocador y como es natural e imaginable en un curso sobre este tema, tengo que volver a plantear una de las cuestiones a las que Ricardo García Cárcel no dejaba de aludir al comienzo de su intervención, el concepto de feudalismo. A mi juicio la utilización de esa palabra no es la más adecuada posible y sigo creyendo que sería desde todos los puntos de vista más correcto hablar de la transición de una sociedad señorial a una sociedad capitalista y de una economía señorial a una capitalista porque observo que cuando se habla del feudalismo, del modo de producción feudal, etc., muy pronto se termina recalcando sobre lo señorial y sobre el señorío. Es decir, realmente la célula básica de la sociedad de la economía del Antiguo Régimen es el señorío con todo lo que éste comporta y por eso me parece realmente que sería más correcto hablar de señorío que de feudalismo, reservando, de nuevo, feudalismo, para lo que realmente fue, para este conjunto de relaciones que se establecen con un contenido estrictamente militar (entre señores y vasallos), el contenido clásico que los tradicionalistas siempre le habían dado, mientras que el término señorial es más amplio y permite abrazar realmente esta globalidad a la que desde una determinada revisión histórica se le llama modo de producción.

RICARDO GARCÍA CÁRCEL: Mi opinión personal al respecto es que el problema semántico es un problema estéril, me parece un falso problema; el problema, según mi parecer es de contenido, no de etiqueta bautismal.

Hay un problema que a mi me interesa mucho y que en cierta manera lo planteó Eva Serra anteriormente, es el viejo problema que da título al célebre libro de Maravall *Antiguos y modernos* —el debate entre antigüedad y modernidad— y que me lleva a formular una pregunta común a Eva Serra y Benjamín González. El problema concreto es hasta qué punto el centralismo, el Estado Moderno, es representativo de una presunta modernidad presumiblemente irreversible históricamente o, por el contrario, como sostiene Eva Serra es solamente el fruto de unas circunstancias concretas coyunturales tras las que bajo ningún concepto puede identificarse centralismo con progreso?

EVA SERRA: Jo, en primer lloc, no he utilitzat mai la paraula modern, el que sí he utilitzat són paraules com ara reducte arcaic o reducte estamental perquè són les paraules que em sembla que relacionen més el traspàs i són definicions que s'han dut fins avui. Aleshores, sobre la dialèctica que hi ha hagut entre "*arcaic o modern*", simplement dir una cosa molt senzilla de veure, que una dinàmica del sistema feudal, que com ha dit Jaume Torras, és un sistema racionalment establert, amb uns mecanismes interns i unes considerables perspectives mentals, que té una mecànica que al mateix temps portarà a diferents situacions, com ara el cas català (les revolucions dels s. XIV-XV) perjudicant així el propi sistema, la renda feudal...

D'altra banda, l'estratègia militar dels Austries té també una incidència interna. Dins la societat tradicional catalana immersa dins el règim feudal on, al mateix temps s'està formant una economia individual pagesa al costat d'aquestes formes col·lectivistes no sabem quin pes, és a dir quina incidència pot tenir l'estratègia militar esmentada. Del que es tracta, des del meu punt de vista, és d'un canvi de perspectives. En aquesta perspectiva el cas català es converteix en perifèric d'un sistema feudal més extens...

De totes formes, on millor es pot reflectir la incidència que té sobre la societat catalana el nou tipus d'estratègia política és en les institucions medievals catalanes, les Corts i la Reial Audiència.

En primer lloc, és important saber quin tipus de greuges arriben a les Corts, perquè hi arriben greuges molt menuts que ens poden desvetllar què significa aquesta institució per a la gent i especialment què pot representar el seu funcionament per a la vila i fins i tot per a la dialèctica del país.

BRUNO ANATRA: Me parece que el problema de la refeudalización en el s. XVII se pone de manifiesto en todo el conjunto de problemas que ha expuesto Eva Serra hasta el momento. A mi modo de ver es una de las contradicciones que se desarrollan en este momento frente al problema que tienen los estados absolutos de reforzarse como estados pero sin dejar de utilizar las fuerzas fundamentales del feudalismo, la aristocracia.

Aquí, pienso, radica la contradicción central del Estado Absoluto en el s. XVII en el cual hay un desarrollo del poder central, pero junto con el apoyo de fuerzas feudales disgregadas. Esta es la contradicción fundamental de la crisis del s. XVII. El estado da fuerza a la aristocracia y luego debe mantenerla pues la necesita en su poder central, y sobre todo para su política imperialista y militar.

BENJAMÍN GONZÁLEZ ALONSO: Respecto a la intervención de Ricardo García Cárcel, voy a intentar responder a las tres preguntas que a mi modo de ver ha planteado y que son las siguientes:

En primer lugar, ¿hasta qué punto el absolutismo puede considerarse lo moderno frente a lo antiguo de formas pre-absolutistas?

La segunda, ¿hasta qué punto esta intensa tendencia centralizadora que parece inevitable dentro del contexto histórico puede considerarse un progreso o un retroceso hacia una mayor brutalidad?

Y, en tercer lugar, en este orden de cosas, ¿cuál es el papel de las instituciones catalanas y cuál es el alcance de su evolución?

En definitiva, ¿qué es lo moderno? Esto depende, a mi modo de ver, de cada momento y de cada contexto. Pensemos por ejemplo, en los años treinta de nuestro siglo, ¿qué era lo moderno? el mantenimiento de las democracias parlamentarias o, en cambio, el nacionalsocialismo y el fascismo. ¿Qué es entonces lo moderno, aquello que ha surgido después o aquello que mejor se adapta a nuestras preferencias ideológicas, respetabilísimas, por otra parte?

Esta pregunta permite abarcar la segunda cuestión. ¿Hasta qué punto la centralización representa un progreso histórico? Bien, yo pienso que la centralización, al igual que la descentralización hasta sus formas más radicales, no tienen nunca una validez "*per se*".

A mí me parece que de hecho, si damos un vistazo a los últimos siglos de la civilización europea la función histórica de la centralización ha sido reversible. Si las bondades y las desventajas de la centralización se plantean en el contexto de la sociedad de fines del Antiguo Régimen, en aquel momento histórico del advenimiento de la sociedad liberal la centralización representó un progreso. Porque si de lo que se trata es de la desaparición de la sociedad estamental, de la desaparición de los privilegios estamentales y de la igualdad formal de los ciudadanos ante la ley, en aquel momento la opción centralizadora era la más próxima a conseguirlo.

Ahora bien, qué significara un progreso histórico en aquel momento histórico no significa que la centralización, por ella misma, sea siempre progresista o progresiva como tampoco quiere decir lo contrario, que la autonomía sea una solución preferible y más progresista que la inversa en cualesquiera circunstancias.

Por último, ¿qué sucede con las instituciones catalanas? Aunque no las conozco tan profundamente como desearía, puedo ofrecerles una impresión; vistas las cosas desde fuera las instituciones catalanas no ya en el s. XVII sino a mitad del XVI dan una cierta sensación de parálisis, de fosilización. El porqué sería otra cuestión.

De todos modos, por esta impresión de estancamiento he escrito en algunas ocasiones, a propósito de una expresión utilizada por Reglà, el *neoforalismo*, que para mí sería foralismo a secas porque de la segunda mitad del s. XVII hasta Carlos II el *neo* no se ve en ninguna parte.

Se trata de un mantenimiento solamente, de establecer un paréntesis como si en los años 40 del siglo XVII no hubiera ocurrido nada. Paréntesis que no significó una salida de la parálisis institucional que había estado sufriendo la administración autónoma del principado durante este siglo.

Y, por lo que se refiere a la refeudalización del s. XVII, lo que creo que sí se puede afirmar, sin entrar en el campo de la economía, es que en el plano del gobierno diario la refeudalización consistió en el cambio, mejor dicho, en el desplazamiento de lo que serían las élites de poder. Así, pues, la refeudalización no entrañaría cambios o alternancias ni básicas ni secundarias en el entramado institucional. Las instituciones son las mismas y el juego sigue siendo el mismo.

Aquí lo que sucede es que desde los Reyes Católicos hasta los primeros Austrias, la minoría gobernante ha sido consciente y expresamente seleccionada por la monarquía entre los sectores de población intermedia, nobleza institucional, caballeros o bien letrados. Esta es una tendencia que empieza con los Reyes Católicos y termina con Felipe II. Es proverbial que el gobierno de Felipe II sea un gobierno a base de letrados. A la vez, es significativo que incluso aquellas instituciones co-

mo el Consejo de Estado cuyos componentes eran miembros en su inmensa mayoría de la alta nobleza, de los grandes de España, de hecho, en la práctica, tenían como motor al secretario, que no es un miembro de esta nobleza sino un letrado, o bien un noble de escasa categoría.

Sucede que no somos conscientes que tanto los Reyes Católicos primero, como Carlos o Felipe II después, tuvieron que resistir tremendas presiones por parte de la nobleza y tuvieron que luchar para apartarla del poder.

En general, pues, fueron fieles a aquella norma que dicta, en la guerra declarada, no poner en el gobierno ni a los grandes ni a los pequeños, sino a los medianos. Esto parece una política consciente pero difícil de poner en práctica que solo fue posible gracias a la energía indomable de unos monarcas que arrastraron el riesgo del descontento de la nobleza y que pecharon sobre las consecuencias de este desplazamiento a base de echar sobre sus propios hombros la responsabilidad del cambio.

Lo que ocurre es que cuando Felipe II muere y sube al trono su hijo con unas condiciones personales de falta de cualidades, es entonces cuando se produce el asalto al poder por parte de esta nobleza que llevaba desplazada más de un siglo.

Pero este asalto no cambia las estructuras de gobierno ni pretende tampoco retroceder a una situación anterior, sino para insertarse en este mismo aparato y reemplazar a la nobleza intermedia en su propio beneficio.

Todo esto nos puede hacer llegar a unas conclusiones que conviene exponerlas después de muchos años de crítica y de decir que la historia la hacen las multitudes y que la lucha de clases es el motor de la historia, con lo cual yo no estoy en desacuerdo. Tiene que decirse que ésta tampoco es toda la verdad y que, sin intentar retroceder a la historia heroica no cabe ninguna duda que en un régimen de poder concentrado como el régimen absolutista, el talante personal del monarca tiene una incidencia importante en la marcha de los acontecimientos. No es que yo vaya a decir ahora que la historia entre el s. XVI y el XVII estriba exclusivamente en este factor, el talante trabajador de Felipe II y el vago redomado de Felipe III, pero cuando uno está familiarizado con documentos de la época y conoce cómo marchaban las instituciones, se convence que el carácter del rey también influye. Es un dato que no hay que despreciar.